

por tanta burla, por tanta lágrima! En la diestra, crispada, tiene un enorme cuchillo. Su rostro horrible expresa un gozo inefable en el momento de herir. Ella, exánime, ya no es bella. Al perder su dominio, su actitud, su crueldad y su enigma, perdió también su encanto todopoderoso.

X

LA PARIENSE ARISTOCRÁTICA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



La Parisiense Aristocrática.

«Las dotes del pintor no bastan al retratista, que debe ser un psicólogo siempre despierto é inquieto, deseoso de sorprender y de expresar los estados del alma de su modelo.

GABRIEL MOUREY.»

Esta mujer alta, esbelta, ondulante, que nos sonríe con tanta discreción en las vidrieras de los *marchants de tableaux*, es la flor suprema de una raza. Todo en ella es fino, pulido y rítmico. Sin ser más bella que otra mujer cualquiera, tiene, en su gracia frágil, un sello de aristocrática superioridad. Desde luego se nota que ha nacido para gustar, para seducir. Ved sus manos esmaltadas como joyas, y decidme si pueden ser capaces de algo más que de una caricia, de un saludo, de un signo de cruz. ¡Y sus labios, pues! Son nidos de besos, de cuchiuchos, de risas, de galanterías. Desde

su infancia le han enseñado á gustar. Es la parisiense del pintor Helleu.

* * *

Hela aquí en el cuadro de *le cigarette*, apenas púber y ya coqueta, ya grave, sabiéndolo todo y adivinando lo que no sabe. Es Noemi Hurtrel, la de *L' Irreparable*; es Jacqueline, la hermana de Maud, en *Demis-Vierges*; es Chiffon, la deliciosa Chiffon de Gip, es la niña moderna, rica, noble, atrevida, capaz de decir á su novio, sin rubores y sin fanfarronería: «Chico, me parece que un día ú otro acabaremos nosotras, las mujeres, por divertirnos antes de casarnos. Y la gente dirá: «Fulanita tuvo veinte amantes antes de casarse. Por lo mismo es una buena mujer. Las señoritas que no han vivido no son esposas perfectas.»

Naturalmente, una vez casada, esta parisiense se siente más libre que siendo soltera. Su vida verdadera comienza al salir de casa de su madre. Nada la espanta. A la buena amiga de su familia que va á darle consejos el día mismo de su casamiento, contéstala, risueña: «¡Estoy enterada!» Y no es que antes haya tenido otro amante, no. Bourget y Prevost nos juran que es «once mil veces virgen.» Acordaos de Mme. Martin Belleme en el *Lirio Rojo*, de Anatole France, la cual, siendo muy buena, no puede menos de engañar á su marido. La razón de esta fatalidad nos la da otra parisiense de la misma clase, la encantadora heroína del *Mariage de Juliette*.

«No tengo—dice—la menor intención de ser infiel al señor de Nivert, y pido á la Providencia que me permita continuar siendo la leal mujer que soy ahora. Pero todo el mundo, á mi derredor, habla del amante como de un acólito inevitable: de manera que mi espíritu está, de antemano, acostumbrado á la idea.» Esta y las demás, todas las demás, las buenas, las malas, las perversas, las sanas, son víctimas del *flirt* tan magistralmente estudiado por Hervieu en dos ó tres libros que son como tratados de Medicina social de tal modo se ve en ellos que el adulterio es una epidemia, un mal que se contagia. Una madama de Tremeur, en efecto, basta para precipitar en brazos de cien amantes á sus cien honestas amigas. «¡Engañemos!» dicen. Horrible, ¿verdad? Y, sin embargo, no es posible dejar de perdonarlas. ¡Son tan inconscientes! Simona (la Simona de *Lettres de femme*, de Marcel Prevost) confiesa que «el adulterio no difiere de ningún modo del matrimonio,» y luego, simbolizando á toda una especie femenina, se dice á sí misma; «¡Pobre muchacho! Le he dicho lo mismo que á mi marido. Pero trataré de que no sepa que no le amo... Eso es... Que ambos crean en mi amor.»

En cuanto al marido, «ignora por lo general.» A veces, como el Maillane de Gip, «vive de su deshonra.» Otras veces se precipita, cual Jacques, el de *l' Armature*, y golpea á su mujer. En cuanto á matar, eso nunca. «Las costumbres contemporáneas—dice un moralista—se han dulcifi-

cado entre las aristocracias europeas hasta el punto de considerarse ridículo todo acto de venganza, todo movimiento de alma entera.»

Pero ¿á qué hablar del hombre? En los dibujos de Helleu la mujer aparece siempre sola. Sin duda cuando se apea del *cou-pé*, enseñando el extremo de su breve pie, con algo del principio de la media de seda entre el oleaje de las blondas de la enagua, no va á misa. Va á casa de su «amigo». Y cuando, muy envuelta en abrigos de pieles, muy cubierta de espesos velos, *trotine*, ligera por una callejuela desierta, es que vuelve de una cita. Va y vuelve siempre igual en apariencia, siempre sonriente, siempre serena. Su rostro divino, es impasible. Las tragedias sentimentales no le arrugan ni el traje ni la frente. ¿Os acordáis de madama Martin Belleme recibiendo una bofetada de su amante y presentándose muy tranquila á sus amigos un momento después? Es un símbolo. Otras hay que vuelven á sus salones como si salieran del convento, mirándolo todo beatamente, y que llevan el corazón apuñaleado. En los bailes de la aristocracia, en las fiestas del gran mundo, no hay palos, no hay navajazos. Pero no por eso deja de haber heridas. La parisiense que aparece de pie, vestida con un traje que es un poema, en *La Colonne* de Helleu, tiene, sin duda, una pena profunda. ¿Por qué lo creo? No lo sé. En realidad, sus labios más bien expresan regocijo. Sí; sin duda. Pero yo creo que sufre y la tengo lástima.

XI

UNA BAILARINA GRIEGA